

Cual Hércules entre columnas

Antonio Canda Gil - Colegio Inmaculado Corazón de María de Sevilla

La arena blanca se le colaba entre la ropa, allí sentado en la hermosa playa de la Isla de Pedro González, mirando a un cielo estrellado arrebatador, el más iluminado que había visto jamás. Junto con las picaduras de la chitra y otras lesiones y arañazos en pies y piernas, la sal y la arena eran ya parte de su piel, compañeras de viaje durante los últimos 8 días. Su pelo se movía levemente al son de la brisa marina y con el compás que marcaba el vaivén de las olas. La camiseta ya raída, el bañador descolorido y los pies descalzos completaban esta estampa isleña. ¡Lo que darían sus padres por verlo en ese instante...!, todo un aventurero.

Tras más de un mes fuera de casa, parte en Bélgica y ahora en tierras panameñas, las becas, las convivencias, los campamentos y expediciones lo habían convertido en un adulto. Su cara, ahora seria y decidida, mostraba que esta última experiencia, el voluntariado, lo había cambiado. Su instinto se había desarrollado y era capaz de apreciar sensaciones que antes no le hubieran llamado la atención. Miró de nuevo al cielo; ni una nube. Pero algo lo intranquilizaba. Olfateó el ambiente, mas no acababa de averiguar qué lo mantenía inquieto.

Con la sensación de haber digerido el ya tradicional bocadillo de atún nocturno, los cangrejos y pescados que habían sacado con el anzuelo esa tarde (más lo que había conseguido sustraer sutilmente de cocinas, pues un cuerpo de dieciséis años no puede quedar plenamente satisfecho con tan sólo esos bocados), se dirigió a la hoguera que ardía pasadas las palmeras donde estaban los demás.

Pasó por delante del grupo que estaba haciendo el programa nocturno de radio; una de las monitoras contaba el incidente de esa tarde, en el que una de las exploradoras se había dislocado el hombro mientras todos jugaban a saltar las olas en el mar, siempre el mar... Y ahí seguía ella, impertérrita e impasible ante el dolor, con el brazo inmovilizado, con la única pena de tener que abandonar el viaje y a sus compañeros un par de días antes de lo esperado.

Lo invadió un volátil sentimiento de nostalgia, envidiando solo un poco el calor del abrazo de sus padres al recibirla. Llegó tranquilo al grupo donde le recibieron con sonrisas en las miradas. Todos charlaban, reían y algunos bailaban alrededor del fuego. Los movimientos parecían tribales, casi primitivos, con un ritmo muy intenso, como si saliese de toda aquella juventud, de esa comunidad que habían creado y que se hacía materia al final del día... Junto con las exploraciones y el entrenamiento físico, estos momentos lo alimentaban porque se sentía vivo, libre y protegido.

Pronto llegó la hora de irse a las tiendas por imperativo de los monitores. Los cinco miembros de su grupo tardaban aún en conciliar el sueño, pues todos se resistían a terminar el día, como si se les fuese a escapar alguna experiencia o dejar de vivir una aventura más, una risa más, un segundo más... Tras alguna que otra confidencia dentro de la tienda cerró el cortavientos y se metió en el saco verde, arropándose hasta los ojos justo antes de cerrarlos. No sabía qué hora era; no le importaba.

Tras dormir lo que apenas pareció un minuto, algo le hizo despertar. En realidad, debían de haber pasado un par de horas, pues no había ningún signo de que alguien más estuviera despierto en el campamento. Se despojó del saco, sabiendo que perdería su calor corporal

y, con delicadeza para no despertar a los demás, salió de la tienda. Quedó perplejo ante lo que encontró sobre él; donde antes había una claridad casi diurna a causa de la luz de aquel cielo impresionantemente limpio, descubrió la oscuridad más absoluta y tenebrosa. Nubes negras amenazaban con descargar agua en pocos minutos y, al fondo, sobre el mar se veían caer los relámpagos de la tormenta que se acercaba.

Sin perder un segundo, se abalanzó sobre la cubierta de la tienda que estaba, arrugada a los pies de todos, mal doblada y pisoteada por el poco uso que le habían dado hasta ese momento. No habían tenido lluvia desde que llegaron a la isla, solamente brumas y la humedad propia del amanecer, que empapaban sus botas llenas de barro. Enseguida la colocó, mientras notaba que empezaba a mojarse levemente con el agua que ya había decidido alcanzar su cuerpo. Entonces todo se desencadenó...

Llamó a sus compañeros uno a uno, puesto que, aunque su tienda ya estaba bien anclada, vio otras dos cubiertas salir volando por los aires. Todos ayudaron a asegurar lo que tenían más a su alcance: mochilas, ropa, utensilios de la expedición puestos a secar, botas..., a esas alturas todo estaba completamente empapado a su alrededor. Las varillas de varias tiendas también saltaron, estrellándose contra las palmeras cercanas. Los gritos y las indicaciones a voces fueron en aumento y algunos exploradores agarraban ya firmemente el cuerpo de sus tiendas para que el viento no se las llevase.

Entonces la vio a ella, entre dos palmeras, sujetando fuertemente las cuerdas de su tienda, defendiéndola contra el temporal, cual Hércules entre las columnas. Por señas, consiguió dirigir a un compañero y entre los dos la sacaron de la trampa en la que estaba atrapada. Como dos leones a su vera, consiguieron sujetar la tienda de campaña contra el suelo y plegarla para evitar que fuese arrastrada por la fuerza del temporal. Después llevaron a su compañera a la suya propia para resguardarla.

El caos reinó durante lo que parecieron horas hasta que el viento amainó y quedó una lluvia vertical intensa que mantuvo a toda la expedición bajo los techos que habían sobrevivido a la tormenta. Recuperando el aliento, se cubrieron los tres con el saco verde y, tras echar mano de su mochila, encontró algo seco entre sus propias pertenencias.

Estaba muy al fondo, envuelta en plástico. Olía a nuevo y a un perfume conocido, al suavizante que ponía su madre en la ropa, un olor cálido y hogareño. Era la bandera que le pidió a su padre que le comprase, por si podía hacerse una foto con los demás exploradores andaluces que habían coincidido en el viaje. En Sevilla había pensado que la llevaría hasta lo más alto de Pechito Parao, igual que hizo Núñez de Balboa con la española al divisar el Pacífico por primera vez; pero aquel día tuvieron que salir con prisas y no pudo cogerla. Hasta hoy no se había vuelto a acordar y, justo ahora, resultaba providencial esa bandera..., su bandera verde, blanca y verde.

La sacó con cuidado y, con ella, se arropó junto a sus compañeros en la tienda de campaña. Qué sensación tan agradable los envolvió en contraste con todo lo que habían pasado. Qué simbólico el arroparse con ella, como si un pañuelo hubiese limpiado todo su temor y el nervio acumulado, como si hubiese conquistado él mismo un territorio que no era solo suyo, una victoria compartida, como la que buscó Blas Infante, tras la fiera batalla contra los elementos que acababan de afrontar.